



Comentario bibliográfico

Graciela Amalia Queirolo, *Mujeres en las oficinas. Trabajo, género y clase en el sector administrativo (Buenos Aires, 1910-1950)* (Buenos Aires: Biblos, 2018).

Sara Martín Gutiérrez

*Instituto de Investigaciones en Estudios de Género - Facultad de Filosofía y Letras -
Universidad de Buenos Aires / CONICET*

sarmar02@ucm.es

Ludmila Scheinkman

*Instituto de Investigaciones en Estudios de Género - Facultad de Filosofía y Letras -
Universidad de Buenos Aires / CONICET*

ludsch@gmail.com

Fecha de recepción: 12/10/2020

Fecha de aprobación: 10/12/2020

En 1949 la escritora socialista Josefina Marpons denunciaba el carácter histórico de la división sexual del trabajo, a la que habían contribuido la psicología y la ciencia, y fruto de la cual las mujeres habían sido “confinadas” al hogar¹. La

¹ Sara A. Perrig, “¿Y ahora qué? Las mujeres antiperonistas y los derechos políticos femeninos (1947-1951)”, *Latinoamérica. Revista de Estudios Latinoamericanos* 61 (2015): 97-127.

antigua oficinista recordaba en otro de sus escritos la importancia de la emancipación de las mujeres a través del trabajo asalariado, sosteniendo el derecho a que la mujer desempeñase una profesión “donde le convenga ejercerla”². El libro de Graciela Queirolo nos introduce, precisamente, en las tensiones existentes entre las expectativas de cierta emancipación o independencia económica presente en trabajadoras como Marpons, y el peso de la *ideología de la domesticidad* que actuó como un freno para su concreción real.

Mujeres en las oficinas es el resultado de una tesis doctoral madura y refleja los largos años de investigación de su autora dedicados a auscultar el mundo del trabajo de las mujeres en el sector de servicios y administrativo en Buenos Aires entre 1910 y 1950, así como sus representaciones culturales. Bajo la dirección de la Dra. Mirta Zaida Lobato y con el apoyo de una beca de la Universidad de Buenos Aires en el Instituto de Investigaciones en Estudios de Género de la Facultad de Filosofía y Letras, fue defendida en 2014³.

A lo largo de sus páginas, esta obra contribuye a dos áreas de conocimiento que se complementan entre sí. Por un lado, amplía el universo del trabajo femenino en la historiografía laboral, concentrada mayormente en el estudio de las obreras fabriles. De este modo, coopera con un amplio movimiento que en las últimas décadas ha comenzado a explorar las experiencias laborales de las mujeres en sectores como el doméstico, la docencia o el sistema de salud, subsanando un vacío en lo relativo al mundo de las empleadas administrativas. Por otro lado, este libro dialoga con las investigaciones sobre las clases medias que han abordado a los empleados dimensionando aspectos como la movilidad social ascendente, el prestigio asociado a sus profesiones, y su alfabetización ligada a la expansión de los sistemas educativos, al trabajo, al ahorro, etc. Estas investigaciones, no obstante, no ahondaron en el análisis de género, y por lo tanto subsumieron a las empleadas de escritorio en la experiencia masculina. Precisamente, uno de los ejes de debate de esta historiografía plantea la distinción entre movilidad ocupacional y movilidad social, así

2 Graciela Amalia Queirolo, “Dobles tareas: los análisis de Josefina Marpons sobre el trabajo femenino en la década de 1930”, *Anuario de la Escuela de Historia Virtual* 9 (2016): 81-97.

3 La investigación es el resultado de la profundización de una tesis de maestría en Historia presentada en la Universidad Torcuato Di Tella. Asimismo, fue premiada con una mención honorífica del premio a la mejor tesis doctoral en Historia Social (2015) de la Asociación Latinoamericana e Ibérica de Historia Social (ALHIS).

como las contradicciones presentes entre clase y estatus, pero sin profundizar en mayores diferencias de naturaleza interseccional.

En ese sentido, una de las principales ideas que defiende Queirolo en esta obra es que las empleadas de los sectores profesionales también estuvieron vinculadas, a través de representaciones y discursos, a la *ideología de la domesticidad*. Sin embargo, a diferencia de las obreras, cuyo trabajo se justificaba sobre la excepcionalidad de la necesidad económica, la *paradoja de la empleada* residió en que a dicha excepcionalidad se le agregó la construcción histórica del prestigio social, elaborado a partir de ciertas ventajas expresadas en los niveles salariales y en la posibilidad de una carrera laboral ascendente.

Queirolo va a destinar buena parte de esta obra a explorar cómo fue construido este prestigio sobre la base de la capacitación profesional requerida por las tareas de oficina. Así, analiza cómo el crecimiento de las posibilidades sociales de las empleadas permitió a estas construir nuevos significados y actitudes frente al consumo, al ocio y al tiempo libre. No obstante, su libre disposición del tiempo de ocio fue tensionada por la sobrecarga que provenía de las dobles tareas, laborales y domésticas.

De este modo, la obra va a hilvanarse en la necesidad de dar respuesta a la *paradoja de la empleada*. En su relato, la autora irá mostrando las diferencias existentes con otras ocupaciones femeninas en lo referido a la capacitación profesional, el prestigio social, los niveles salariales o la movilidad ocupacional, pero también señalará algunos aspectos compartidos como la inequidad laboral entre géneros: la brecha salarial, la segregación horizontal y la vertical. Asimismo, indaga en la construcción de los significados sociales de la emancipación de las mujeres a través del estudio de sus posibilidades de ascenso laboral e independencia económica.

El primer capítulo se aproxima al contexto económico, social, cultural y político de Argentina en las primeras décadas del siglo XX, las ocupaciones del trabajo femenino y las representaciones de la *ideología de la domesticidad*. Queirolo nos presenta un perfil sociodemográfico de la mujer empleada como soltera y blanca y, a diferencia de muchos estudios sobre el trabajo, incorpora una comparativa estadística de ingresos que nos permite conocer la brecha salarial de género existen-

te en el periodo. Este valor añadido es a su vez potenciado por sus aportes históricos sobre las formas de subjetividad presentes en el ascenso social en las clases medias.

El segundo capítulo indaga en el ingreso de las mujeres en el mercado laboral administrativo. A partir del uso de censos y avisos clasificados, concluye que este sector del mundo del trabajo urbano se amplió gracias al crecimiento de las burocracias estatales y privadas al calor del desarrollo de las actividades industriales, comerciales y gubernamentales. Su trabajo con los censos dialoga también con las discusiones en torno a la participación femenina en el mercado laboral — discutiendo las hipótesis clásicas de la curva en U—, colocando en el foco al trabajo administrativo. De este modo muestra que el sector se feminizó durante las décadas de 1920, 1930 y 1940 del siglo XX con el predominio casi exclusivo de las mujeres en las ocupaciones de dactilógrafa, taquígrafa-dactilógrafa y secretaria.

La importancia de este estudio radica en que nos permite conocer los motivos de dicha feminización gracias a un análisis exhaustivo de los manuales comerciales de academias de capacitación laboral y publicidades gráficas, donde Queirolo identifica la representación de la secretaria como “ángel de la oficina”, haciendo un símil de la imagen de la esposa como “ángel del hogar”. Las concepciones sociales coaguladas en dicha figura coadyuvieron a asignar a la condición femenina ciertas características supuestamente “naturales”, contribuyendo de tal modo a descalificarlas, es decir a desconocer la idoneidad implícita en ellas. Así se devaluó la capacitación profesional y se justificó, apelando a la noción de “ayuda”, la inequidad laboral y los menores salarios de las mujeres, mientras se brindaba a sus labores administrativas, paradójicamente, cierto reconocimiento social.

Como vemos, la autora coloca el factor explicativo de la feminización en el nivel de las representaciones sociales, concretamente en el proceso de construcción de sentido que asignó al trabajo femenino un carácter *excepcional*. A este habrían contribuido distintos agentes estatales y no estatales, como médicos y juristas, y otros de carácter privado vinculados al sector comercial, como academias y publicidades. En esta línea, la autora centra su análisis en tres focos: las instituciones educativas, las sindicales y el campo cultural.

El capítulo tercero aborda la capacitación laboral de las mujeres y su prestigio social, pero también algunas diferencias y acercamientos entre la educación formal e informal. Gran parte de este capítulo se dedica a la exploración de instituciones educativas comerciales como las Academias Pitman. La perspectiva de género que se refleja en todo el volumen muestra cómo las empleadas fueron adquiriendo, sobre la base educativa del Estado, nuevos conocimientos en técnicas comerciales que las prepararon para la movilidad laboral. Sin embargo, la autora contrapone la idiosincrasia de la educación formal estatal que se incentivó durante el gobierno peronista con la asunción de la *ideología de la domesticidad* como forma de acceso a la ciudadanía política. También concluye cómo el proceso de nacionalización, “la argentinidad”, fue articulado a través de distintas estrategias educativas con fuertes raíces en el mundo urbano. Asimismo, muestra cómo cierto ascenso social obtenido a partir de la movilidad laboral se construyó sobre la diferencia de género. Así, el modelo de la secretaria se erigió como el arquetipo del “ángel de la oficina”, en tanto academias como Pitman nunca desvincularon a las mujeres del mundo doméstico.

El cuarto capítulo explora el ámbito sindical, en particular, dos organizaciones que compitieron por la representación de las y los empleados del sector administrativo: la Federación de Empleados de Comercio, que reclamó por los derechos laborales de los trabajadores, y la Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas (FACE), vinculada al catolicismo social, que propugnaba la unión entre capital y trabajo en la postura histórica de la conciliación de clases. Si bien estas partían de ideologías contrapuestas, privilegiaron la identidad maternal de las mujeres, marcando la contradicción entre trabajo doméstico y asalariado, y justificándolo sobre la “necesidad” del núcleo familiar. Por lo tanto, ambas fueron coincidentes en la idea de la excepcionalidad del trabajo femenino, resaltando la identidad maternal y doméstica de las empleadas. No obstante, paradójicamente, Queirolo nos prepara para comprender cómo esta identidad sería el catalizador a través del cual las mujeres se movilizarían en los albores de mitad del siglo XX.

De sumo interés en la obra es la indagación sobre los factores que incidieron en la brecha salarial, las condiciones de trabajo de las empleadas y los discursos estatales y partidistas sobre la protección de las mujeres trabajadoras bajo el peronismo. Valoramos la incorporación del análisis de los agentes del catolicismo social como sujetos que protagonizaron una movilización histórica

en el mundo del trabajo femenino, especialmente desde la óptica de contención del conflicto social que enunciaban asociaciones como la FACE. Esta visión integra la interacción de los estudios de género con la dimensión de la religión, y si bien se trata de aportes “desde arriba”, su autora nos concede algunas pinceladas de utilidad para conocer las posibilidades de socialización y acceso a las sociabilidades del tiempo libre que las trabajadoras pudieron encontrar en estos espacios⁴. En esta línea, Queirolo destaca también la labor educativa y el rol de pacificación social de esta asociación mutual, así como la importancia de la moralidad contenida en las capacitaciones laborales que pusieron a disposición de las empleadas.

El último capítulo reconstruye los estereotipos de las empleadas desde el campo cultural a partir de crónicas periodísticas y literarias, publicidades, viñetas humorísticas y novelas. Aquí Queirolo analiza dos representaciones diferenciadas. En primer lugar, el “hada del teclado”, arquetipo predominante en la década de 1920 que enfatizaba la banalidad de las mujeres que ingresaban al mercado laboral para satisfacer sus ansias de consumos suntuarios y caprichosos. Según dichas representaciones, estas empleadas aprovechaban para avanzar en su carrera matrimonial, descuidando sus obligaciones laborales. En segundo lugar, aborda la representación de la “empleada oprimida”, difundida con fuerza en la década de 1930. Esta concebía a las oficinistas como víctimas de la necesidad, la explotación y el acoso de sus superiores, y sobre ellas pendía la amenaza de la “caída” o el “mal paso”⁵, de fuerte contenido moralizante, cuyo fin último fue el control social.

Quizá lo más interesante de sus aportaciones sea cómo afloran con claridad, a partir del uso de la literatura, algunas voces femeninas que se muestran disruptivas respecto de la *paradoja de la empleada*, aunque la autora no analiza experiencias ni tampoco historias de vida. En efecto, se echa en falta la práctica ausencia del análisis de experiencias laborales —y de intimidad— de las empleadas protagonistas de su relato, que podrían tensionar o funcionar como contrapunto para las representaciones analizadas en el libro.

4 Por ejemplo, en este capítulo su autora nos acerca al papel de las colonias de la FACE como modelo semejante al turismo sindical que incentivó posteriormente el peronismo.

5 Diego Armus, “El viaje al centro. «Tísicas, costureritas y milonguitas» en Buenos Aires, 1910-1940”, *Salud Colectiva* 1 (1) (enero-abril 2005): 79-96.

En la voz de la escritora Josefina Marpons, así como en Alfonsina Storni —quien criticó en la prensa las distintas subordinaciones de género de su época—, encontramos una defensa de la participación asalariada de las mujeres como vehículo para obtener autonomía material frente a la opción del matrimonio, opinión coincidente con ciertos discursos de emancipación de los círculos feministas de los años veinte. La literata y periodista Marpons, cuya voz reviste de particular interés ya que recupera su propia experiencia como trabajadora de escritorio, abre algunos interrogantes acerca de la construcción de la imagen de “la empleada oprimida”. Afiliada al Partido Socialista y miembro del sindicato de empleados de comercio, Marpons denunció tanto la explotación laboral como las inequidades que padecían las trabajadoras de oficina. Sin embargo, la originalidad de su voz radica en que, como la poetisa Storni, depositó sus expectativas de cambio social para la “mujer nueva” en el trabajo asalariado y en la emancipación económica conseguida a través del ejercicio de su profesión⁶.

Este capítulo supone la única ventana que nos permite conocer el modo en que las propias empleadas vivieron tanto las inequidades de género como las ventajas distintivas implícitas en sus muy minuciosamente reconstruidas condiciones de trabajo. Por lo tanto, sería de gran relevancia, en trabajos futuros, una mayor indagación sobre el modo en el cual las propias subjetividades de las oficinistas dialogaron con las representaciones difundidas sobre ellas. A través de entrevistas a antiguas trabajadoras o mediante una lectura *a contrapelo* de los documentos analizados podríamos llegar a entrever más sobre las experiencias que sugiere la voz solitaria de Marpons. Y tal vez podríamos avizorar cómo las mismas trabajadoras administrativas elaboraron, según sus propias expectativas, bagajes y trasfondos ideológicos diferenciales, una construcción de sentido propia respecto de sus labores, vidas e identidades.

En esta línea, sería interesante conocer más acerca de quiénes fueron estas empleadas, sus identidades y cómo vivieron en su cotidianeidad las transformaciones económicas y políticas desde una perspectiva interseccional. Uno de los principales aportes de esta obra, por el contra-

6 Acompañado de una transformación social más amplia y radical de la sociedad, el trabajo profesional de las mujeres permitiría, según Marpons, allanar el camino hacia relaciones más igualitarias entre varones y mujeres. En su novela *44 horas semanales* (1936) muestra que aún a pesar de la sobrecarga de tareas laborales y domésticas, las jóvenes oficinistas protagonistas de su obra dedicaban su tiempo libre a la militancia feminista, sindical y socialista.

rio, radica en la reconstrucción de significados simbólicos y sentidos sociales, aunque dejando de lado los aspectos étnicos y raciales de las subjetividades de las protagonistas, dimensiones que, como ella misma aclara, sería de gran interés analizar en profundidad.

Finalmente, en lo relativo a las fuentes, se trata de una obra que se nutre de censos, recortes de prensa nacional, memorias sindicales, cursos de capacitación, publicidades, textos legislativos y debates parlamentarios. Más allá de estas consultas clásicas, destacamos la incorporación de la literatura como fuente histórica. Así pues, la autora se ha valido de la teoría del análisis del discurso⁷ para indagar en las representaciones culturales presentes en las poesías y novelas del periodo.

Por todo lo antedicho, el libro de Queirolo constituye, sin dudas, un aporte sustancial al conocimiento del trabajo femenino —y de la clase trabajadora— en la primera mitad del siglo XX. Este nos permite comprender la paradoja de la creciente incorporación de las mujeres al mercado laboral y el antagonismo de los discursos de transitoriedad que funcionaron como intento de control social y domesticación de las actitudes sociales de las trabajadoras argentinas durante dicho periodo, a la vez que justificaron su discriminación laboral. Al mismo tiempo, la autora arroja nuevas conclusiones históricas al trascender de forma crítica el discurso de la “pobre obrera”. Precisamente su trabajo nos permite conocer la ampliación del mercado laboral femenino de los años 20 y 30 y nos pone en conocimiento de la existencia de opciones más prestigiosas con “ventajas distintivas” para las mujeres, como los salarios elevados. Sin escapar de las inequidades que atravesaron todas las trabajadoras, tal vez estas profesiones hayan permitido a las oficinistas gozar de un margen mayor de autonomía económica, ocio y consumo que hiciera sus vidas más placenteras, aunque siempre atravesadas por los sentidos sociales de la etapa histórica que les tocó habitar.

7 Roger Chartier, *El mundo como representación* (Barcelona: Gedisa, 1992), 276.